

## CAPÍTULO III.

**Acta levantada en Orizaba, reconociendo al general Aizaco como jefe superior de la República.—Disposiciones tomadas por el legítimo Gobierno de Méjico.—Actitud de los mejicanos.—Primer encuentro de las tropas enemigas en las Cumbres de Acultzingo.—Las fuerzas mejicanas se retiran sobre Puebla.—Batalla sangrienta ante los muros de esta ciudad.—Victoria alcanzada por los mejicanos.**

### I.

El deber de los representantes de Inglaterra y España, despues del resultado nada

satisfactorio de las célebres conferencias de Orizaba, no era otro que el de apartarse del territorio de Méjico, protestando contra la conducta de los comisarios franceses, y dejando á éstos toda la responsabilidad de los grandes males que á su vano empeño habian de seguirse. El sacrificio de los plenipotenciarios inglés y español al decidirse por esta última resolución, fácil es conocer que debió ser grande, y que sólo pudieron abrazarlo, aconsejados por una moderacion y prudencia que no siempre encontraríamos, en análogas circunstancias, en hombres del temple y enérgico carácter del general Prim y sir Carlos Lennox Wyke. La Europa y el mundo entero saludaron con júbilo la conducta de estos dos representantes, al abandonar por completo el país mejicano, mientras que de todas partes se lanzaban terribles acusaciones contra los ministros de Francia y contra el déspota y ambicioso monarca de aquel imperio.

Libres los plenipotenciarios de Napoleon III de la influencia de sus antiguos aliados, dieron comienzo á la obra funesta que hoy pesa como una plancha de candente hierro sobre la cabeza del César francés. El 20 de Abril levantaban los comisarios franceses un acta en la ciudad de Orizaba, que merece por su importancia darla á conocer íntegra en este lugar.

« Reunidos,—dice el acta á que nos referimos,—en la ciudad de Orizaba los señores jefes, oficiales y vecinos que suscriben esta acta, teniendo á la vista las proclamas que se publicaron en la ciudad de Córdoba, por el excelentísimo señor general en jefe de las fuerzas francesas y benemérito general don Juan Nepomuceno Almonte, por las cuales se vé que ningun peligro corre la independencia de nuestra amada patria, como los enemigos del orden han querido hacer creer, sino que antes bien se asegura con la cooperacion de las fuerzas francesas que facilitan igualmente el establecimiento de un Gobierno de orden y de moralidad, resolvieron adoptar el siguiente programa político:

1.º Se desconoce la autoridad del titulado presidente de la República D. Benito Juarez.

2.º Se reconoce al Excmo. señor general D. Juan N. Almonte como jefe supremo de

ella y de las fuerzas que se adhieran á este plan.

3.º »Dicho Excmo. señor general, queda facultado ámpliamente para entrar en un avenimiento con los jefes de las fuerzas aliadas, que actualmente se hallen en el territorio de la República, y para convocar una Asamblea nacional, que tomando en consideracion la deplorable situacion en que se encuentra el pais, declare la forma de gobierno que sea más conveniente establecer en él, para cortar de raíz la anarquía y proporcionar á los mejicanos la paz y el orden que hace tanto tiempo desean, á fin de reparar las pérdidas enormes que han sufrido durante la guerra civil que por tantos años ha destrozado á la República entera.

4.º »Se pondrá en conocimiento del excelentísimo señor general D. Juan N. Almonte esta acta, y se le manifestará al mismo tiempo la entera fé que abrigan los que suscriben, de que S. E. no negará en tan solemne ocasion sus servicios á la patria, que hoy más que nunca los há menester con urgencia.

»Y habiéndose ratificado en los dichos artículos, firmaron esta acta, acordando pase una comision nombrada del seno de esta reunion, á ponerla en conocimiento del excelentísimo señor general en jefe de las tropas francesas, conde de Lorencez.»

Al mismo tiempo que se levantaba esta acta en Orizaba, los agentes del general Almonte levantaban otras con el mismo objeto en Córdoba, Chiquihuite y algunos otros puntos, creyendo con esto atraer á su causa al ejército y al pais.

El general mejicano D. Antonio Taboada daba igualmente un manifiesto á los cordobeses, aconsejándoles su adhesion á los planes del protegido de las armas francesas.

«Abandonada esta ciudad,—decía el general Taboada,—por las autoridades encargadas de su custodia, y habiendo quedado espuesta á todos los contratiempos que son consiguientes á una situacion peligrosa, el general en jefe del ejército conservador del orden público y de las garantías nacionales, se ha servido encargarme de los mandos político y militar de esta poblacion.

»Revestido con este doble encargo, no es otro mi deber que sostener en general la

causa de la nacion, y en particular atender á los intereses de esta poblacion para que todos sus habitantes vivan tranquilos, y en el pleno ejercicio de sus legitimos derechos. Nadie sino el verdaderamente criminal, el que tienda á perturbar el orden, tiene que temer la accion de la autoridad. Moderacion y justicia para todos, serán los principios que normen mi conducta mientras tenga el honor de estar al frente de una poblacion tan ilustrada como la cordobesa. La conducta que me vereis seguir, es la mejor garantía que os podré dar de la verdad de mis sentimientos y de mis rectas intenciones.

»Cordobeses: Entregaos á vuestras pacificas ocupaciones, seguros que desde hoy comenzareis á disfrutar de los beneficios de una época de moralidad y de garantías sociales. No temais por lo mismo venganza y persecuciones; no temais el ser arrancados de vuestros hogares para ocuparos contra vuestra voluntad en el servicio de las armas; no temais, en suma, que en mi tiempo se repitan las vejaciones y los ultrajes de que habeis sido victimas en los desgraciados tiempos que han pasado.

»Conociendo vuestra ilustracion y vuestras virtudes, yo espero de vosotros que prestareis vuestra cooperacion, para consolidar la paz y el bien público, á vuestro mejor amigo.»

En iguales ó parecidos términos se espresaba en otro manifiesto que dirijia á sus compañeros de armas el general D. José María Galvez, quien poco antes defendia el Gobierno del presidente Juarez.

«Vosotros,—decía aquel general,—conocéis mis profundos principios y convicciones, y testigos habeis sido de mis esfuerzos por sostener y hacer triunfar la causa de la sociedad, herida de muerte por los tiros de la demagogia. Luchando contra ella aparecieron las fuerzas aliadas en nuestro territorio, y creí entónces que era un deber de todo mejicano prescindir de todas nuestras disensiones domésticas, para sostener la independencia nacional que se nos hizo creer amenazada. Desengañado por el curso de los sucesos y la evidencia de los hechos, de que la independencia no corre ningun peligro, sino que antes bien adquiere robustez y dignidad por la noble cooperacion de las armas francesas, fácil me

ha sido volverme con vosotros á nuestra antigua bandera, para que, siguiendo las huellas del ilustre y patricio general Almonte, facilitemos el triunfo de nuestros principios y abreviemos la época de la paz y de las glorias nacionales.

«Camaradas: En el nombre del digno general que hoy proclamamos por caudillo, existe un programa en el que están inscritas las ideas de amor á la patria, justicia y moderacion; sean estos vuestros sentimientos, y cuando alcancemos la victoria, seremos bendecidos de todos los pueblos.»

Con estas alocuciones y con estas halagüeñas y seductoras promesas, iban haciendo algunos prosélitos los pocos partidarios con que contaba en Méjico la causa de la reaccion, apoyada entónces por las bayonetas de Napoleon III.

## II.

Veamos cuáles eran las disposiciones y la actitud que tomaron en la capital de la República, los defensores de la libertad é independencia de la nacion mejicana.

La fé y entusiasmo que el presidente Juárez tenía en la causa que há tantos años venia defendiendo en Méjico, no le hacian temer que el ejército invasor se acercára hasta las puertas de la capital de sus Estados. En Méjico, y entre Perote y Cañada de Ixtapa, tenia distribuidos el valeroso presidente unos ocho mil hombres, tres mil de los cuales se hallaban en la capital, para sofocar cualesquiera conatos revolucionarios que allí pudieran presentarse, y los cinco mil restantes en las poblaciones anteriormente citadas. Esquivando estos últimos el encuentro con el ejército francés que sin ser molestado se dirigia hácia la ciudad de Méjico, y temerosos de que por retaguardia les cortase la retirada la division conservadora de Marquez, que se aproximaba á ponerse á las órdenes del general Almonte, á quien habia reconocido por su general en jefe y jefe supremo de la nacion, aquella parte del ejército juarista se dirigió precipitadamente hácia Tehuacan, punto seguro y en extremo á propósito para favorecer los planes que se proponia el presidente Juárez.

Al mismo tiempo, y obedeciendo las órde-

nes de éste, se iban replegando sobre la capital de la República y la ciudad de Puebla las divisiones de los generales Zaragoza, Negrete, Arteaga y algunos otros, en cuyos alrededores debia reunirse la mayor parte de las fuerzas, ya para resistir la entrada del ejército francés en Méjico, ya para servir de salvaguardia al legítimo Gobierno de la República.

El célebre general D. Anastasio Parrodi, que ya en otras ocasiones habia mostrado un valor y una instruccion que le colocaban á la altura de los primeros generales de la República, fué nombrado general en jefe del ejército de reserva, al mismo tiempo que el Gobierno supremo autorizaba igualmente á varios entusiastas patriotas para formar guerrillas, que en todas partes hostilizaran al ejército invasor y á los traidores mejicanos que se acojiesen á su bandera.

El mismo supremo Gobierno organizaba una Junta presidida por D. Gregorio Mier y Terán, y á la cual pertenecian los ricos propietarios de aquel pais D. Mariano Riva Palacio, D. Antonio Echevarría, D. Manuel Escandon, D. José Joaquin de Rosas y don Manuel Martinez de la Torre, con el fin de proporcionar recursos de una manera equitativa y justa entre todas las clases de la sociedad mejicana, para el sostenimiento y defensa de la patria.

El entendido y esforzado gobernador del Estado de Zacatecas, general Gonzalez Ortega, tan luego como tuvo noticia de la ruptura de los preliminares de la Soledad y de la actitud guerrera del ejército francés, dictó las órdenes oportunas para que se pusieran en marcha inmediatamente hácia la capital seis mil hombres bien armados y municionados, con que el Estado de su nombre contribuia para rechazar al enemigo extranjero.

Protestas solemnes y llenas de indignacion y de ira, dirijan entretanto los ayuntamientos de Veracruz y otras poblaciones contra la traicion de Almonte, y contra los falsos asertos de los comisarios franceses, invitando á los pueblos con entusiastas alocuciones á defender sus derechos por todos los medios que estuvieran á su alcance, hasta consumir todas sus haciendas y sucumbir combatiendo.

A la nota que los comisarios franceses di-

rrijieron al ministro de Relaciones exteriores, protestando contra el tratado que se decia habia concluido el Gobierno mejicano con un Gobierno extranjero, segun el cual aquel vendia, cedia, enajenaba ó hipotecaba á favor de éste una parte de terreno, propiedades ó rentas del Estado, en cambio de un préstamo de cierta cantidad de dinero, el encargado *ad interim* del citado ministerio D. Jesús Terán, contestaba de una manera noble y enérgica á los plenipotenciarios del imperio.

«Como el Gobierno de la República, — decia este ministro, — no reconoce derecho en los comisarios de oponerse á los tratados que celebre con cualquiera potencia, respetando los compromisos que con sus legítimos deudores tenga contraidos, el infrascrito se limita á acusarles recibo de la protesta que en dicha nota hacen contra todo tratado que Méjico haya celebrado ó celebre con cualquier Gobierno extranjero, vendiéndole, cediéndole, enajenándole ó hipotecándole el todo ó parte de los terrenos, propiedades ó rentas de la nacion.

»El infrascrito añadirá únicamente, por orden del ciudadano presidente, que la protesta de los señores comisarios no le impedirá celebrar los tratados ó convenciones á que se refiere, siempre que lo juzgue conveniente y quepa en sus facultades, por usar en ello de un derecho inherente á la soberanía é independencia de la misma.»

Multitud de atropellos y crueldades sin cuento cometidos por los soldados franceses, exaltaban más y más el ánimo de los mejicanos, quienes en su mayor parte llegaron hasta creer que se les preparaba una segunda conquista de Hernán Cortés, ante cuya idea no podian ménos de mirar con espanto é indignacion profunda á las tropas de Napoleón III. Entre otras arbitrariedades cometidas por aquellos en el pueblo de la Soledad, citase la siguiente, que indignó, como es natural, á cuantos de ella tuvieron conocimiento.

Desaparecieron de esta poblacion un caballo y una mula, pertenecientes á la division francesa, por lo cual un coronel de estado mayor, redujo á prision al alcalde y á otros habitantes de la Soledad, amenazando al primero con fusilarlo, si dentro del corto término que le habia señalado, no parecian las

bestias que suponía habian sido robadas.

El amenazado alcalde y cuantos se interesaban por la vida de aquel honrado é inocente ciudadano, no descansaron hasta encontrar las bestias perdidas, que fueron presentadas al amable coronel, con gran contentamiento de los habitantes de la Soledad. El jefe francés no se dió por satisfecho con que las bestias hubiesen parecido, y exigió además sesientos pesos de multa, amenazando al alcalde con la pena capital si no eran entregados inmediatamente.

Careciendo de esta cantidad el maltratado jefe del municipio de la Soledad, y viendo que el coronel francés se preparaba á cumplir su inhumana y bárbara promesa, los vecinos de aquel pueblo reunieron los 600 pesos que fueron entregados al exigente y árbitro juez invasor de la Soledad, salvándose con este rasgo noble y generoso de los mejicanos, la vida del inocente y maltratado alcalde.

### III.

Acordada por los plenipotenciarios franceses la intervencion á mano armada en los asuntos de Méjico, hasta llevar á cabo los pensamientos monárquicos que respecto á este país abrigaba Napoleón III, el general Lorencez, á quien habia hecho entrega del mando de la expedicion francesa el vicealmirante Jurien de la Gravière, emprendió resueltamente su marcha hácia la capital de la República, el 27 de Abril de 1862.

Noticioso el general Zaragoza de que el ejército francés se dirijia hácia Méjico, reunió en las Cumbres de Acultzingo, vasta cadena de montañas que corta á Méjico en toda su estension, cinco mil hombres, doscientos caballos y algunas piezas de artillería, y se propuso hacer frente desde aquel punto al ejército del general francés.

Apénas éste se presentó en el lugar citado, los mejicanos que habian ocupado las mejores posiciones que aquel lugar ofrecia, cayeron con gran valor y denuedo sobre las fuerzas invasoras, trabándose una sangrienta y encarnizada lucha que dejó en el campo unos ochenta mejicanos y otros tantos franceses, contándose entre estos últimos el doctor Michaud, célebre médico francés, y el

cura Ribains, capellan mayor del cuerpo espedicionario, que habia ya hecho las campañas de Crimea, del Báltico y de Italia. De los mejicanos salió gravemente herido el valiente general Arteaga, haciéndose necesaria la amputacion de una pierna.

El resultado de este primero y sangriento combate entre franceses y mejicanos, fué en un tanto favorable á los primeros, los cuales hicieron desalojar de sus posiciones al enemigo, ocupándolas el general Lorencez con los zuavos, el primer batallon de cazadores de infantería, el escuadron de cazadores de Africa, y el batallon de fusileros de marina.

El ejército francés continuó su marcha sin grandes contrariedades hasta Cañada de Ixtapa ó Morelia, aldea situada al otro lado de las Cumbres, dirijiéndose el 30 de Abril hácia San Agustin del Palomar, pequeña aldea situada en el punto de confluencia de los caminos de Orizaba á Méjico y de Orizaba á Tehuacan.

Las tropas del general Zaragoza creyeron prudente concentrarse en la ciudad de Puebla, adonde llegaron el dia 3 de Mayo, siguiéndolas el enemigo á la distancia de una jornada. El general mejicano dió las órdenes oportunas para que inmediatamente se pusieran en estado de defensa los cerros de Guadalupe y Loreto, haciendo activar á la vez las fortificaciones de la plaza, que habian estado hasta entónces bastante descuidadas.

Al amanecer del dia 4, segun partes del general Zaragoza, se le dieron órdenes al general D. Miguel Negrete para que con la segunda division de su mando, compuesta de 1.200 hombres, ocupára los espesados cerros de Loreto y Guadalupe, los cuales fueron artillados con dos baterías de batalla y montaña. En el mismo dia se formaron, de las brigadas Berriozábal, Diaz y Lamadrid, tres columnas de ataque, compuestas, la primera, de 1.082 hombres; la segunda, de 1.000, y la tercera, de 1.020; y además, una columna de caballería con 500 caballos, que mandaba el general Antonio Alvarez, designando para su dotacion una batería de batalla.

Entretanto que estas medidas se tomaban en Puebla, las fuerzas francesas se encontraban en Amozoc, lugar situado á muy pocas horas de la ciudad referida.

A las diez de la mañana del siguiente dia, el ejército de Lorencez se avistó con el de Zaragoza, dirijiendo sus columnas de ataque, una hácia el cerro de Guadalupe, compuesta de unos 4.000 hombres con dos baterías; y otra pequeña de 1.000, amagando el frente de las fuerzas mejicanas.

No habia previsto el general Zaragoza este ataque del enemigo, porque se necesitaba un arrojo y valentía extraordinarios en el que lo intentára; y en este caso, vióse obligado el general mejicano á cambiar su plan de maniobras, y formar el de defensa; mandando al efecto que la brigada Berriozábal, reforzára á Loreto y Guadalupe, y que el cuerpo de carabineros á caballo fuera á ocupar la izquierda de aquellos, para que cargara en el momento oportuno. Iguales órdenes fueron comunicadas al batallon Reforma, de la brigada de Lamadrid.

Decididos los franceses á no detenerse en su marcha hasta ocupar las cumbres del cerro de Loreto, se dirijieron hácia un pequeño barrio que se encuentra á las faldas de este cerro, en el momento en que llegaba al mismo punto un batallon de zapadores de la brigada de Lamadrid, el cual trabó con una columna del enemigo un combate personal y sangriento.

El valor que los franceses mostraron en aquel encuentro, no desmintió el glorioso nombre que han sabido conquistarse en todas partes los soldados de Napoleon. Por tres veces cargaron furiosamente contra los mejicanos, aunque sin resultado alguno favorable; y hubieran continuado sus valerosos ataques, si la caballería enemiga, que se encontraba situada á la izquierda de Loreto, no se hubiera precipitado bizarramente sobre ellos, dejándoles en el campo multitud de cadáveres y dispersando á los pocos que sobrevivieron.

Al mismo tiempo que este combate tenía lugar en el cerro de Loreto, se daba otro no ménos sangriento en la llanura de la derecha, que formaba el frente de las tropas de Zaragoza. Dos cuerpos de la brigada del general Diaz, uno de la de Lamadrid con dos piezas de batalla y una gran parte de la brigada de Alvarez, rechazaron á la columna enemiga que pretendia avanzar sobre las posiciones de los mejicanos, obligándola á

replegarse hácia la hacienda de San José, en donde se encontraban sus compañeros de armas, arrojados del barrio de Loreto. Ocupando entónces el ejército mejicano nuevas y más ventajosas posiciones, el enemigo no se atrevió en lo restante del día á intentar nuevos ataques, retirándose á las siete de la tarde á su campamento de la hacienda de los Alamos, y dejando en el campo entre muertos y heridos unos quinientos de sus compañeros, y un corto número de prisioneros en poder de los mejicanos.

#### IV.

Esta victoria fué tanto más gloriosa para las armas de la República, cuanto que á la vez que contenian el bravo impulso de más de 4.000 franceses, tenian que batir á los facciosos que en número considerable se hallaban en Atlixco y Matamoros. El espíritu un tanto abatido de los liberales mejicanos por el resultado que pudiera caber á la República, á causa de la expedicion francesa, se reanimó y cobró mayores brios, y todas las poblaciones se ofrecian á la causa de la libertad, conforme iban recibiendo la noticia de la gloriosa victoria conseguida en las inmediaciones de Puebla.

Los generales Zaragoza y Berriozábal, por otra parte, dirijian entusiastas proclamas á sus compatriotas, y les aseguraban un triunfo decisivo y completo, si el espíritu del país sabia en esta ocasion repetir las pruebas de independencia y libertad que en todos tiempos habia demostrado. El resultado de tales manifestaciones, fué la incorporacion de los soldados de Guanajuato y de muchos otros pueblos al ejército de Oriente; por cuyo acto, el general Zaragoza dirijió á los primeros una proclama, felicitándose por el comportamiento liberal y generoso de que acababan de dar honrosa prueba.

«Venid,—decia aquel general,—á completar las glorias adquiridas el día 5 sobre las huésteres francesas, que amilanadas y abatidas, teneis al frente fortificándose.

»Muy pronto, mis amigos, daremos otro día de gloria á la patria, y las armas de la grande Guanajuato, puestas en vuestras manos, brillarán orgullosos, combatiendo

por la independencia, como lo hicieron por la libertad y la reforma.

»Estoy viendo todavía en vuestras frentes los laureles adquiridos en Loma Alta, Guadalupe, Silao y Capulalpan, y yo os aseguro que muy pronto serán ceñidas esas mismas frentes con las inmarcesibles coronas que os prepara la victoria.»

A la vez, el general Berriozábal decia á sus compañeros de armas: «Con un día de combate habeis recompensado tantos meses de sufrimientos: la victoria ha coronado vuestros esfuerzos, y las águilas francesas han atravesado el Océano para venir á depositar como ofrenda, al pié de la bandera de Méjico, los laureles de Sebastopol, Magenta y Solferino.

»Hijos del Estado de Veracruz: Soldados del Estado de Méjico: Unidos os ha encontrado el enemigo; unidos habeis volado á su encuentro, y unidos os ha coronado la victoria.

»Soldados: Habeis salvado el honor y la independencia de nuestra patria, y ella os bendice.

»Compañeros de armas: ¡Viva la independencia! ¡Viva la libertad! ¡Viva el supremo Gobierno!»

En la capital de la República, el entusiasmo rayó en locura al llegar la noticia de la victoria alcanzada sobre el ejército invasor. El Congreso mejicano, de acuerdo con todo el ejército, dió al presidente Juárez amplias y omnimodas facultades para que hiciese frente á la situacion. El ministro de la Guerra comunicaba, de órden del presidente, á los miembros del Congreso, el propósito firme de Juárez de defender la capital á todo trance, cualquiera que fuese el resultado de la batalla empeñada entre el ejército de Oriente y el de Francia; y el mismo presidente manifestaba á su pueblo, «que habia ya vivido demasiado, y que su sola ambicion era morir gloriosamente por su patria, defendiéndola del enemigo extranjero.»

La consecuencia tal vez más grave de la derrota del 5 de Mayo, fué la ventaja moral evidente que dió á Juárez y á su Gobierno, á los ojos del país. Los franceses no la dieron gran importancia como hecho material, como batalla, como revés; pero al fin era una victoria conseguida sobre la inter-

vencion. El presidente mismo se dirigió á Puebla para distribuir medallas á los heróicos defensores de la Nueva Zaragoza; y cuando poco tiempo despues, en el mes de Setiembre, falleció súbitamente el general Zaragoza, se le concedieron los honores más grandes, y se colocó su féretro sobre la bandera de un regimiento francés, conquistada en lo más récio de la pelea. Por consecuencia del combate de Puebla, Juarez fué desde entónces el representante popular de la independencia amenazada, y la personificación viva de la resistencia.

## V.

Entretanto, el ejército francés se veia obligado á retirarse á Orizaba, convencido de que era de todo punto imposible continuar su marcha hácia la capital de Méjico, en vista de la actitud y espíritu belicoso y entusiasta de los mejicanos, á quienes el general francés habia creído impotentes para resistir el empuje de sus zuavos, y sobre todo, que renegarian de sus sentimientos de libertad y patria, echándose en brazos del ejército invasor. «Vuestra marcha sobre Méjico,—decia el conde de Lorencez en una orden del dia, dada á sus soldados despues de su regreso á Orizaba,—ha sido detenida por obstáculos materiales que no debiais esperar, segun las noticias que se os habian dado.

»Se os habia repetido cien veces, que la ciudad de Puebla os llamaba con todos sus votos, y que su poblacion acudiria solicita á recibirlos, cubriéndoo de flores. Con la confianza inspirada por esas seguridades engañosas, nos hemos presentado delante de Puebla. Esta ciudad estaba erizada de barricadas y dominada por un fuerte, en el que habian sido acumulados todos los medios de defensa. Siendo insuficiente nuestra artillería de campaña para abrir brecha en las murallas, se hacia necesario un material de sitio: no tenemos ese material; pero confiados en vuestra intrepidez, os habeis precipitado sin vacilar sobre fortificaciones defendidas por artillería y por una triple línea de fusilería, mientras que á vuestros flancos teniais que sostener los esfuerzos de varios batallones mejicanos y de una numerosa caballería...»

El mismo general francés, dando cuenta

al Gobierno del emperador del resultado que habian tenido sus esfuerzos para apoderarse de la ciudad de Puebla, decia con fecha 22 de Mayo desde Orizaba: «que en la creencia de que los habitantes de Puebla recibirian con los brazos abiertos á las tropas francesas, se dirigió el dia 4 á la pequeña aldea de Amozoc, en donde fué informado de que el Gobierno de Juarez habia determinado defenderse á todo trance en Puebla; que la ciudad contenia 12.000 hombres de guarnicion, y que todas las calles estaban llenas de barricadas y éstas armadas de grandes cañones.»

No obstante tan sorprendente é inesperada noticia, el general Lorencez, ufano por la victoria que dias antes habia alcanzado en las Cumbres de Acultzingo, y firme en su crédula pretension de que los mejicanos huirian despavoridos al presentarse delante de la ciudad los soldados del imperio, decidió marchar al dia siguiente sobre Puebla, y pudo convencerse de que esta ciudad, como todos los pueblos del mundo, se disponia á rechazar con todas sus fuerzas al ejército invasor.

No por esto desistió el general de su loco empeño; y como precedente para entrar victorioso en Puebla, quiso apoderarse ante todo de los fuertes de Guadalupe y de Loreto, de que anteriormente nos hemos ocupado.

El resultado de esta tentativa fué harto triste para las armas francesas, como se desprende de la misma relacion que de aquella gloriosa batalla para los mejicanos, hizo el mismo Lorencez.

«El fuerte de Guadalupe,—decia el general del imperio,—disparé el primer tiro. Las dos baterías francesas avanzaron hasta el pié de la altura, lo más cerca posible, para poder romper el fuego contra esta posicion: estaban á 2.200 metros de ella: su fuego principió y los zuavos se desplegaron en batalla. Los disparos fueron en general muy certeros; los del enemigo muy vivos y bien dirigidos.

»Despues de una lucha de tres cuartos de hora, hice llevar las baterías más á la derecha, á fin de batir más directamente el fuerte que los zuavos debian tomar. La batería Mallet se colocó á cierta distancia de



la batería Bernard, para hacer que el fuego de los mejicanos fuese más divergente, y mandé avanzar á los zuavos contra el pié de la altura, á fin de desviarles de los fuegos del fuerte.

»La disposicion del terreno no me permitió hacer una brecha practicable; no tenia además el material necesario para destruir la fortaleza de Guadalupe, y resolví intentar un ataque á viva fuerza. Los zuavos, prontos á lanzarse, habian llegado al promedio: envié á buscar cuatro compañías de cazadores de infantería, previniéndolas que subiesen las pendientes á la izquierda de los zuavos, de modo que dividiesen las fuerzas del enemigo. Al mismo tiempo dispuse que el regimiento de infantería de marina, los fusileros marinos y la batería de montaña, apoyasen al primer batallon de zuavos que ocupaba la derecha, y tomé un batallon del 99 de línea para reemplazar como reserva, detrás de nuestras columnas de ataque, la infantería de marina y los fusileros marinos.

»Mientras se ejecutaban estos movimientos, una seccion de ingenieros partia con cada columna de ataque, llevando tablas provistas de escalones clavados y de sacos de pólvora, destinados á hacer volar la puerta del reducto. La artillería montada trataba en vano de abrirse camino para subir á la altura y acercarse al fuerte.

»Di la señal: los zuavos y los cazadores de infantería se lanzaron con la intrepidez inteligente, tradicional en estos dos cuerpos; hicieron lo que sólo las tropas francesas saben hacer: llegaron bajo un fuego terrible de artillería y fusilería, de bombas y granadas, hasta los fosos del fuerte; algunos lograron encaramarse sobre la muralla, donde fueron muertos, á escepcion del corneta Roblet, de cazadores de infantería, que se mantuvo allí por algun tiempo tocando á la carga. Fero el convento fortificado de Guadalupe, que se me habia descrito como una posicion de escasa importancia, estaba armado con diez cañones de á 24, sin contar los obuses de montaña colocados sobre la plataforma y en las torres: tres líneas de fuego de fusilería sobrepuestas, habian sido establecidas por medio de sacos de tierra dispuestos sobre los terrados; 2.000 hombres, mandados por el general Negrete, estaban

encerrados en el fuerte con una artillería bien servida.

»El primer batallon de zuavos, la infantería de marina y los fusileros marinos, al efectuar el movimiento de avanzada, habian encontrado sobre su derecha el fuego de las baterías de Loreto, y entre este fuerte y Guadalupe, cinco batallones de infantería sobre tres líneas: cargados por la caballería mejicana, habian sido detenidos á cien metros del fuerte.

»Una tempestad tropical descargó por este tiempo sobre nosotros, que oscureció la atmósfera y humedeció el terreno, hasta el punto de que no se podía permanecer en pié en las cuestas que se acababan de subir; y vista la imposibilidad de sostener por más tiempo aquella lucha heroica y sangrienta, hice bajar á los batallones empeñados, aprovechando las quebraduras del terreno, y los detuve al pié de la colina, resolviendo despues retirarme, como medida prudente, sobre Orizaba.»

«Tal era,—continúa el general Lorencez,—mi situacion delante de Puebla; la poblacion más hostil á Juarez, al decir de las personas en cuya opinion debia tener fé y que me aseguraban formalmente, en vista de las noticias que tenian disposicion de adquirir, que yo seria recibido allí con júbilo, y que mis soldados entrarian cubiertos de flores.»

## VI.

Natural parecia, en vista del cruel escarmiento que acababa de sufrir el ejército de Lorencez, que tanto éste como el Gobierno de Napoleon III desistieran de sus proyectos en Méjico. La acojida benévola y entusiasta que se prometían en aquella República, se habia convertido en una actitud resuelta é imponente por parte de los mejicanos, para rechazar con todo el brio que les sugeria su acendrado patriotismo, á un pueblo orgulloso y altanero, que en són de guerra, y despues de insultar con despreciativas é insolentes contestaciones la dignidad de los mejicanos, trataba aun de trasformar las costumbres é instituciones de esta raza, digna sin duda, como todas las razas del mundo, del respeto y consideracion de los demás pueblos. La falta de cumplimiento

en las promesas de aquellos cuantos traidores á la patria, que habian hecho soñar al César francés con la posesion pacífica de un nuevo y vastísimo imperio que realizára las doradas ilusiones de Luis Napoleon en América, debieron tambien haber influido en el ánimo del ambicioso monarca, y héchole desistir de un plan, que por más que le fuese halagüeño y seductor, era de todo punto irrealizable.

Pero no es así como los reyes de la índole y condiciones de Napoleon III miran los resultados de una derrota, sean cualesquiera las causas que la han ocasionado, y sean las que quieran las consecuencias que á la revancha sigan. El emperador francés habia visto que rechazaban los mejicanos de una manera digna y atrevida la intervencion de las armas francesas; habia visto asimismo que las ideas monárquicas eran repulsivas á la gran mayoría de los mejicanos; acababa de tener una bien triste y elocuente prueba de haber sido engañado en las promesas que Almonte, el P. Miranda y algunos otros traidores á su patria le habian hecho sobre las aspiraciones y vehementísimos deseos de todos los mejicanos, de que la Francia fuera á redimirlos del yugo opresor con que el Gobierno de Juarez los tenia oprimidos, y preveia, en fin, la posibilidad de que se convirtieran sus doradas ilusiones en amargos y crueles desengaños.

Y no obstante, la honra, la dignidad de la Francia, decia Napoleon III, no podrán sufrir nunca una derrota causada por un pueblo inculto, pobre y miserable, sin que vuelvan despues las vencedoras águilas francesas á arrancar con sus encorvadas uñas las entrañas de tal pueblo.

Es verdad, pensaria el emperador francés, que con este acto arrojó por el suelo los sagrados principios del derecho de gentes; es verdad que Méjico acaba de hacer lo que todo pueblo digno, cuando un estraño se aproxima en són de guerra á sus puertas; es asimismo cierto que los mejicanos llevan á mal que otra nacion quiera inmiscuirse en sus asuntos interiores, y que rechazan la forma monárquica que yo les quiero imponer. Pero la Francia lo quiere así, y mal que á Méjico le pese, y mal que la Europa y el mundo entero vean en mis aspiracio-

nes una violacion completa de los principios y divinos derechos que todo pueblo tiene, mis legiones irán en número infinito á las aguas mejicanas, y recojerán á costa de la ruina y desventura de Méjico, los laureles que han perdido en aquella region del Nuevo Mundo.